

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTOESCO DE LITERATURA.

NUMERO 194.

MADRID 21 DE JULIO DE 1843.

Segunda serie.



No presentamos hoy por cierto á nuestros lectores una novedad; Madrid está atestado de estas que se llaman *fábricas de guantes*, como si dijéramos *fábricas de fideos*. Estos al menos *se fabrican*; en cuanto á los guantes, creemos nosotros que se cosen, se prueban y se venden en esas tiendas que todo fiel cristiano encuentra á cada paso en las calles de la *Montera* y *Cármén*. Sea de esto lo que quiera, parece fuera de duda que los guantes son ya entre nosotros un artículo de primera necesidad. Sin guantes no puede un hombre medio decente, ó que aspira á parecerlo, ir al *Prado*, á una visita, á una tertulia, á un café, á un teatro: unas manos naturales pegadas al brazo del cuerpo que descansa en la luneta revelan desde luego un individuo montado á la antigua, un hombre ordinario que no sabe pedir agua en francés, ni estropear el falsete de Sínico en italiano; semejante orangutan está cortado de molde para una taberna de las *Maravillas*.

Pues ¿qué diremos del pobre diablo que no tiene estera en que caerse muerto y gasta todas las semanas dos pares de guantes? Su estómago se resiente de la forzada abstinencia á que le condena la vanidad, pero en desquite se complace en mostrar *socialmente* la estirada cabritilla, aunque la camisa sea de un hilo tan gordo como el bramante, y aun cuando pueda peinarse el pelo de su levita. Mas ¿qué importa? El lujo no está hoy en el traje; puede llevarse, por ejemplo, sombrero blanco con *saco morado* y pantalón oscuro de rayas, con tal que no se olviden los guantes; así como se tolera, merced á esta última salvaguardia, camisa de color, largas barbas (cuando Dios quería), corbata de lo primero que ocurra, botas viejas ó sucias, y sobre todo un aire de taco.

Salvaguardia hemos llamado á los guantes, y á fé que no está tan mal aplicado el nombre como parece. Sale (y vava por probaturas) uno de esos esclavos de Mr. Dubost á la calle, y ya sabe desde luego que los guantes le libertan de comprar en el estanco una onza de *tabaco picado misto de la fábrica de Madrid*, so pena de no fumar en todo el día: porque ¿quién cuida tan poco de sus guantes que se esponga á echarlos á perder por el pésimo gusto de hacer un cigarro? Y quién se desnuda de ellos desde que se los han vestido en la *fábrica* hasta la hora de acostarse? No hay remedio, el arlequin em-

butido en guantes no puede fumar cigarrillos; tiene que limitarse á los puros, y decimos limitarse, porque este renglon en la capital de España es *bocati cardinali*, á no ser que por *puros* entendamos esa mezcla de palos y otras cosas que la decencia no nos permite nombrar, y que nos hacen parodiar el gesto de un condenado, cada y cuando apretamos entre los dientes la *capa* y la *tripa* de la diabólica planta nicociana.

Se dirige el referido esclavo á casa de un amigo de confianza, y aunque se ahogue de sed (que no todos se ahogan mojados) ahorra á la muger del amigo un vaso de agua por temor de humedecer los guantes. En el paseo á nadie da la mano y pocas veces lleva bastón, porque el puño de este hace sus estragos en la blanca piel; pero cuando acompaña á una jóven, (ya se sabe que aquí no hay mas peligro que el del contacto de guante con guante) ó cuando encuentra á un sugeto que puede favorecerle, alarga placentero los cinco, y por no quitárselo (tarea no poco difícil) exclama lleno de unción: *salvo el guante*. Esta exclamacion da igualmente á entender que el que la hace no es hombre que carece de un adorno tan indispensable; en una palabra, es un recuerdo, un título á la consideracion pública.

Nuestros abuelos tambien usaban guantes, segun he llegado á oír, pero como hombres que miraban mas á la comodidad y al regalo que al buen parecer, los traian de lana ó ante recio en invierno, y de punto de malla ó de acebollada telilla en verano. ¡Qué vejeces! Nosotros lo entendemos mejor: cabritilla en enero, porque hace frio; cabritilla en agosto, porque hace calor, y por variar.

Dicen que las modas son las avanzadas de la ilustracion de un pueblo: en este que felizmente nos rige la ilustracion es precisamente la consecuencia ó la retaguardia de las modas. ¡Así anda ello y vava todo por Dios! ¿Qué se puede esperar de una moda que comienza por las manos? ¿Que las disfraza de mil colores? ¿Que encubre las uñas largas? ¿Que... Mucho pudiera estenderme sobre el particular, pero en estos benditos tiempos que alcanzamos no faltaria quien me calificase de mordaz. Punto pues en boca, que las verdades son muy peliagudas para impresas en un periódico: consolémonos entretanto con la dulce idea de que nues-

tra culta sociedad exige que empleemos mensualmente en una fábrica de guantes mas dinero que que el que necesitamos para comer.

ABEN-ZAIDE.



RESEÑA BIOGRAFICA DE DOÑA MARIA NAPOLEON ALBINI DE VELANI.

Ya que nos vemos privados por las circunstancias de analizar el mérito de nuestros artistas de Madrid; ya que están cerrados nuestros teatros, no ocuparemos en dar á conocer algunos personajes célebres, antiguos y modernos. Sea el primero célebre Albini.

Esta *prima donna* nació en Módena el año 1800 y descende de una familia ilustre; su padre fué uno de los comerciantes mas acaudalados de referida ciudad. A los trece años dió principio á su carrera artística, saliendo á cantar en público por primera vez de su vida, en un teatro de aficionado de Parma: no tardó en acreditarse con justicia; nombre voló de boca en boca por Italia; los mejor maestros la encomiaron; ofreciéronle ventajas partidos los directores de los principales teatros y los periódicos hablaron de la nueva *donna* con entusiasmo y admiracion.

La señora Albini se resistió constantemente las súplicas de sus numerosos amigos que la instaban para que se contratase, pronosticándola señalados triunfos, pero al fin lo verificó obligada por precaria situacion en que la constituyó una desgracia imprevista. Salió pues al teatro de Mantua 1823 y arrebató al público, recorriendo despues mayor parte de los teatros italianos, como el del *Comunal* de Módena y el del *San Veneditto* de Venecia, recogiendo todos abundantísima cosecha de aplausos y de bravos.

Desde Italia pasó á Barcelona, escriturada por su teatro principal, en union de la Remorani y Benoldi, y desde allí á la *ópera italiana* de Parma donde cantó con la Césari, Galli, Donzelli, Z...

chelli y Bordogna las óperas *Otello*, *Semíramide*, *Ricciardo e Zoraide*, *Zelmira*, *Tancredi* y otras, siempre saludada por un público inteligente y poco tolerante.

En 1827 vino à Madrid y trabajó en el teatro del Príncipe durante tres años seguidos, dejando brillantes recuerdos que tarde se borrarán: en dicho teatro ejecutó con el famoso Galli una cantata, compuesta por el profesor Piermarini, maestro del Conservatorio español, en celebracion del matrimonio de la madre de nuestra augusta reina.

Volvió la señora Albini à Italia contratándose para el teatro de la *Canoveriana*, cuando se estaba reedificando el de la *Scala* de Milan, y entrando despues en el de *Tordinone* de Roma: tambien obtuvo grande aceptación en *La Fiera* de Lugo, y en *San Carlos* de Nápoles, particularmente en la ópera *L'Assedio di Corinto* de Rossini, y en la *Inés de Castro*: cantó este último *Spartito* en compañía de la malograda Malibrán García.

No contenta la señora Albini con los laureles que habia recogido en Europa, cruzó los mares y se trasladó à Méjico, cuyo público la coronó en la *Norma*, victoréandola sin cesar en *Il Pirata*, *La Straniera*, *La Donna del Lago*, *La Cenerentola*, *I Normandi*, *in Parigi*, *Zelmira*, *Ana Bolena*, *Guglielmo Tell*, *Joana*, *Shor*, *I Capuleti e i Montechi*, etc. De Méjico pasó à la Habana estrenándose en el teatro principal, ó por otro nombre, de la *Alameda de Paula* con la *Norma*, y cantando despues *Julietta y Romeo*. En la capital de Cuba encontró la señora Albini las mismas simpatías que en los demas pueblos que habia recorrido; prueba de ellas son los artículos que en su elogio publicaron la *Revue Musical* de París, el *Velocifero* de Nápoles, el *Pirata* de Milan, y el *Diario y Noticioso* de la Habana.

Hoy descansa la señora Albini de sus artísticas tareas apreciada por todos los amantes del verdadero mérito, los cuales encuentran en su trato franca amabilidad, así como las demas prendas que revelan una esmerada educacion.

J. M. de A.

VIAJE DE EXPLORACION

AL HEMISFERIO DEL SUD.

(Continuacion.)

El 28 de diciembre salimos de este puerto para continuar explorando el estrecho de *Magallanes*. Despues de haber pasado el puerto de *Bongaville* y la bahía francesa, doblamos el cabo *Horvard* para entrar en la parte occidental del canal. Toda esta costa de América es verdosa y pintoresca; sus riberas se miran adornadas de coposos árboles que levantan su erguida frente entre la nieve y las rocas. La *Tierra del Fuego*, que tiene allí principio para remontarse despues hacia el N., está formada de una serie de picos escarpados cubiertos de nieve, pudiendo decirse que aquella estremidad del *Nuevo Mundo*, trastornada por fuertes convulsiones é incendiada por el fuego destructor de los volcanes, ha experimentado una verdadera ebullicion.

El 29 de diciembre fondeamos en *Puerto-Galante*: es una hermosa concha abrigada de los vientos por una cadena de montañas elevadas y por la península de *Wiggam*. El pais contiene muchas arboledas, aunque sus montes están enteramente pelados. El exterior se presenta de difícil acceso à causa de los profundos valles llenos de nieve y de barrancos intransitables que contiene. Pero nuestros cazadores encontraron, rodeando el bosque que guardece al puerto, gran abundancia de gamos, canarios, tordos y becadas. Es imposible dar un paso por la playa sin pisar montones de mariscos. Las aguas son en esta region abundantes en pescados, y la única señal que da à entender la presencia de los naturales en aquellas costas, consiste en algunas cañanas de pescadores que llegan de la *Tierra del Fuego* para hacer su provision. Delante de una de ellas reparamos las cenizas de una fogata y varios montes de conchas, resto al parecer de un festin.

Los vientos contrarios nos impidieron la salida por la boca occidental del estrecho. Tuvimos, pues, que retroceder, y despues de una corta arribada en la *Bahía francesa*, hicimos rumbo hacia *Haure Isabel*, en donde ya habiamos visto los fuegos de los salvajes.

El 5 de enero seguimos la misma vuelta à poca distancia de la costa con el objeto de buscar fondeadero para reconocer el interior, cuando el *As-*

trolabio tocó repentinamente en un banco de arena; pero salió de este mal paso sin detenerse con toda felicidad, y pudo dar fondo à una milla de tierra. Una tribu de *Patagones* acampada en el lindero de un bosque, celebró la llegada de las dos corbetas con inequívocas muestras de benevolencia, levantó sus tiendas y se estableció lo mas cerca que pudo de nosotros. Dos lanchas que el *Astrolabio* y la *Zelea* botaron al agua nos pusieron sin perder un instante en relaciones con los salvajes, y no tardamos mucho en hallarnos sentados junto à sus hogueras ó reposando en sus hamacas. La primera vista de aquellos *Patagones* obró en nosotros un desencanto prodigioso. En lugar de aquellos feroces gigantes, que atemorizaban à los antiguos navegantes, solo encontramos unos hombres de proporcionada estatura que nada tenia de extraordinario. Su talla por lo regular no excedia de cinco pies, cuatro pulgadas, y la mas alta solo tenia cinco pies y ocho ó nueve pulgadas. Las costumbres de estos salvajes nos parecieron dulces y hospitalarias. Su única ocupacion consiste en la caza de *guanajos*, cuya carne come casi cruda, destinando el pellejo para cubrir sus barracas y su desnudez. Los vestidos que usan son una pieza de tela rodeada à la cintura y de una especie de capote, ó sobre-todo hecho de muchas pieles. Las mugeres carecerán sin duda de atractivos para hombres que no sean marinos; pues estos, fatigados de largas travesias y penalidades no miran las cosas con tanto escrúpulo. Sin embargo, ni aun las mismas salvajes están exentas del vicio de coquetería, pues dan lustre à sus largos cabellos con la grasa de *guanajo*, que entra tambien tambien en la composicion de ciertas sustancias y cosméticos destinados à dar color al rostro y à refrescar el cutis. Un collar de abalorio, y algunos anillos de metal completan el adorno de las mugeres patagonas. Ignoro si el principio de la comunidad de mugeres está en vigor entre aquellos salvajes; pero puedo asegurar que noté en la tribu de que acabo de hablar una tolerancia enteramente *Sau-Simoniana*.

El 8 de enero, despues de haber concluido el reconocimiento hidrográfico de la parte oriental del estrecho de *Magallanes*, entramos en el Océano Atlántico. Costeamos la *Tierra del Fuego* hasta el estrecho de *Lemaire*, que no pudimos reconocer de cerca à causa de que la brisa era escasa y las corrientes contrarias, y tomamos la vuelta del N. de la tierra de los *Estados*, desde donde hicimos derrota hacia la estremidad oriental del Archipiélago de *Shetland*.

El día 15 como à los 59 grados de latitud y 58 de longitud O, encontramos los primeros hielos. Eran solo dos grandes trozos aislados: el mayor de ellos tendria unos 200 pies de estension y cerca de 80 de calado en el mar.

El 21 nos hallábamos ya en los 63 grados de latitud y 48 de longitud O.

La Zona que acabábamos de atravesar estaba inundada de islas flotantes ó montañas de hielo de grandes dimensiones. Midiéndolas trigonométricamente tenian algunas una milla de largo y 150 ó 200 pies debajo del agua. Todos aquellos hielos provenian sin duda de los archipiélagos de *Lhetland*, de los de *Povvel Sandvich*, ó de las tierras de *Palmer*. La atmósfera estaba sombría, el tiempo frio, y la mar, azotada por las duras brisas del S. O. y del N. O., era muy gruesa. La espesa neblina que nos rodeaba, hacia difícilísima la navegacion por entre las enormes masas de hielo que à cada paso encontrábamos. Precisados por el temor de una separacion, à conservarnos à menos de un cable de distancia de la *Zelea*, necesitábase à bordo de los dos buques la mayor vigilancia, y no menos fortuna para evitar un choque en las diversas maniobras que exija ó el cambio del viento, ó la aparicion de nuevos peligros: y sucedia muchas veces que el ruido de una oleada al romperse era lo único que nos avisaba de la proximidad de los hielos, no pudiendo otras evitar estos escollos de cristal, sino acometiendo los montes de espuma que se enrespaban en su base. Por último, llegaron à ser las nieblas tan impenetrables y duraderas, que nuestros días de 20 horas se convirtieron en verdaderas noches, sin que à 25 toesas de los buques se pudiesen distinguir los objetos. Pasamos inmediatos à las islas *She Hland* sin poder divisar sus mas altas montañas.

El 22 era el tiempo hermoso y bonancible, aunque el termómetro marcaba *cero* en el aire y en el agua. La cadena de islas de hielo que nos cercaba se habia estrechado; la mar estaba en una calma inesperada, y la suave brisa del O. nos impelia al S. E., derrota que habia seguido el capitan *Weddell*. Ya nos figurábamos tocar à este polo misterioso, cuando los hielos que seguian reuniéndose, formaron por nuestra proa una barrera que fué indispensable atravesar. A las dos de la mañana resplandecía en el horizonte por el lado del S. E. una viva claridad; solo

nos encontrábamos à una legua de la sólida llanura, por 63° 30' de latitud y 47 de longitud. La mar se veia à lo lejos cubierta de una capa de hielo, que sobresalía sobre las aguas de 4 à 5 pies. Masas inmensas de variadas formas, matizadas de un hermoso verde, de azul ó de violeta erraban à la ventura sobre aquella deslumbrante llanura. Un archipiélago de innumerables islas flotantes nos rodeaba por el lado del N. y el del O. Todas estas masas de cristal se presentaban à nuestros ojos bajo las encantadas formas de májicos palacios, de pórticos magníficos, de ciudadelas, de cúpulas y de obeliscos, y al amortiguarse los rayos de luz brillante que despedian, por alguna leve cortina de sombra, nos parecia ver à lo lejos, aunque en vuelta entre transparentes vapores, una ciudad de la edad media con su castillo feudal y sus monumentos, ó una risueña campiña con sus colinas, sus granjas y sus riachuelos. Los cambiantes de luz variaban sin cesar las ilusiones de aquel bello panorama.

Mas despues de regalar nuestra vista contemplando tanto esplendor, despues de haber dado libre rienda à nuestro entusiasmo, mas ó menos poético, fué preciso pensar en el polo, donde sin duda nos esperaban mayores maravillas. En vano procuramos hallar en la llanura un canal navegable para ganar el S.: solo se distinguian algunos arroyos por los cuales escasamente hubiera podido pasar un bote. A nuestro frente se estendia una costa de hielo, cuya vuelta tomamos con inmenso trabajo, cual si fuera un nuevo continente. Esperábamos que replegándose los hielos hacia el S. nos abrian la ruta del polo, pero fué en vano: exploramos sin éxito todos los golfos que suponiamos poderse navegar; por todas partes la misma dificultad y el mismo laberinto de islas, que nos bloqueaban de cerca. Los hielos remontaban siempre hacia el N.

(Continuará.)

POESIA.

(A bordo de un paquete inglés.)

Es un encanto divino
Navegar en un vapor,
Y en medio al mar cristalino
En un labio purpurino
Fijar un beso de amor.

Las palabras amorosas,
Y los lánguidos acentos,
Los van à llevar los vientos
A las olas espumosas
Y à los escollos violentos.

El genio entonces del mar
Sobre las aguas se mece,
Y si el noto se embravece
Su furia viene à calmar,
Y su furia desaparece.

¡Oh joven! mira cuan bella
Luce en el cielo esplendente
Del amor la pura estrella,
Y como su luz destella
En mis ojos fuego ardiente.

Adormido el manso viento,
Apenas la brisa envia
Sobre las ondas su aliento,
Pero las da movimiento
Y bulliciosa armonia.

Tranquila la vasta mar,
Pura la noche y en calma,
Olvida el negro pesar,
Y alza à Venus un altar,
En lo profundo del alma.

Que es muy dulce, niña hermosa,
Navegando en un vapor,
Rendir tributo à una diosa
En noche tan deliciosa
Bajo el poder del amor.

TENORIO.

